

IX. Reseñas críticas de libros

Ellas y el paraíso, poemas de Antonio Quintana

Con este volumen, la editorial Ánfora Nova, que de manera tan eficaz e inteligente dirige José María Molina Caballero, sobrepasa ampliamente el medio centenar de textos publicados, por lo que respecta a su colección de libros de poesía. Una trayectoria igualmente segura y acertada se advierte en la revista de literatura *Ánfora Nova*, que alcanza también el centenar de números, uno de ellos, un espléndido número doble, está dedicado a uno de nuestros escritores iznajeños más reconocidos, nos referimos a Cristóbal de Castro.

El poemario de Antonio Quintana, *Ellas y el paraíso* (Rute, 2015), tiene el número 55 de la serie, y entre las últimas aportaciones que ofrece la colección a la que pertenece se incluyen textos de J. Font-Espina, Fernando Serrano o Mariano Roldán, por no mencionar más que algunos de los poetas más reconocidos de nuestro panorama literario actual, pero esta editorial presta también atención a los poetas más jóvenes y publica asimismo los premios del concurso “Mariano Roldán”, que es otro hito importante en el ámbito de las letras españolas.

Son ya más de 25 años (desde 1989) los que Ánfora Nova, diversificada en las vertientes que hemos señalado (revista, premio, libros, etc.), está presente y vigente en el mundo de la cultura andaluza y, por extensión, en el mundo de la cultura española y universal. Creemos que no existe otra editorial parecida, de gestión privada, enclavada en un lugar alejado de los grandes núcleos urbanos de producción editora, en toda nuestra comunidad andaluza, si descartamos algunos aciertos aislados como, por ejemplo, la editorial Renacimiento de Sevilla, que dirige Abelardo Linares, o la conocida revista malagueña *Litoral*, en su segunda época (desde 1968), que parece depender de los organismos públicos.

Pero nos parece que, a estas alturas de su trayectoria, la publicación ruteña no tiene nada que envidiar, ni nada que aprender, de las empresas literarias antes citadas, porque además ha tenido la capacidad, o la inteligencia por parte de su director, de sortear las nefastas circunstancias de la crisis de estos últimos años y ha conseguido pervivir gracias al esfuerzo y el tesón del mismo, ayudado en todo por un modélico equipo de colaboradores. Y si el edificio ideal de esta casa editorial ha sabido mantenerse intacta en medio de tantas dificultades, es seguro que su pervivencia está garantizada por un amplio espacio de tiempo que deseamos muy largo y muy fructífero, como hasta ahora.

Todo ello es posible, y lo seguirá siendo, si se nutre de libros de una calidad similar a éste de Antonio Quintana, que acaba de aparecer.

Estamos así ante un volumen que acrecienta la trayectoria de este importante poeta iznajeño, el más importante de todos los escritores iznajeños que escribieron en la segunda mitad del siglo XX y continúan su trayectoria en estos primeros decenios del siglo XXI. Son ya más de cuatro décadas, de cuarenta años, desde 1973, año en que se

publica en Madrid su libro *El ojo único del unicornio*, en la prestigiosa colección Adonais, los que Antonio Quintana, y con él Iznájar, está presente en el ingente y proceloso mundo de las letras españolas.

Claro que Antonio, como artista esencial que es, se diversifica en variadas modalidades, entre las que conocemos más y aplaudimos sinceramente, desde todos sectores del público y la crítica, está su labor pictórica, de la que ha dado y sigue dando muestras sugerentes, con una categoría y una calidad extraordinarias, en hermosos cuadros, en bellos dibujos de enorme sugerencia. A su lado, y como una especie de hijuela, también de un vigor intenso, se encuentra la literatura, que se concreta, a la manera de fluidas venas de agua que surgen de la fuente principal de su personalidad artística, en versos, novelas y relatos, que de todo ello ha publicado en su ya abundante trayectoria literaria. Pero hoy vamos a centrarnos someramente en su último libro.

Una lectura un tanto detenida de *Ellas y el paraíso* nos sitúa en un mundo habitado casi exclusivamente por mujeres, un universo femenino en el que adquieren importancia numerosos tipos de mujer. Se nos redescubre así una realidad que siempre ha estado existiendo, desde aquellos orígenes de la civilización mediterránea de la gran diosa blanca, que estudiara Robert Graves, en su momento. Porque es bien sabido que, al lado del hombre, y quizás con predominio sobre el mismo, se encuentra la otra parte de la humanidad, la que parece llevar los hilos invisibles del mundo, la que hasta no hace mucho un tanto en la sombra y ahora a cara descubierta, y con todo el derecho que le asiste, realiza las mismas labores que hemos realizado la parte masculina de la sociedad, con el mismo rendimiento e idéntica fortuna, porque todos, ellas y ellos, como decía Shakespeare, estamos hechos de la misma materia de los sueños y combatimos con las mismas quimeras, con los mismos deseos.

Pero no creamos que estamos ante un feminismo a ultranza, ni combativo o despreciativo del hombre, sino que el yo poético de esta colección nos ofrece consistentes cuadros de subido lirismo, realidades más o menos apacibles que siempre han existido y seguirán existiendo. Ya desde la dedicatoria, que dice “A las mujeres de mi casa, que supieron vivir con dignidad y coraje” hasta la mayoría de los textos que componen las tres partes del libro (tituladas *Ellas y el paraíso*, *De otras cicatrices y Visiones*), es decir, en todas las composiciones, encontramos un homenaje tácito y expreso a ellas, un reconocimiento humanísimo y continuado.

Todo es valioso y positivo en las referencias que se nos ofrecen, desde el dramático homenaje a la madre enferma, escrito con un profundo amor de hijo, hasta esas damas goyescas o imaginadas, hispanorromanas y campesinas, que pueblan la última parte de los poemas. Hay además una cercanía armoniosa con las mujeres, que parecen trasuntos reales, de la primera parte, las vecinas de Antonio que viven en Los Juncare, con las que mantiene estrechas relaciones de amistad, que se acercan casi a lo familiar, como sucede con aquellas personas a las que uno conoce de toda la vida y que adquieren con los años una calidad similar a los de los familiares inmediatos.

Un análisis estilístico, que pensamos hacer en otra ocasión, nos hará comprobar cómo las apreciaciones, los adjetivos, las ponderaciones, las expresiones amistosas, son habitualmente de signo positivo, en las múltiples perspectivas del mundo femenino que venimos señalando.

Estamos, pues, ante un libro maduro, reflexivo, conseguido, denso; un texto en la que la mirada y el sentimiento se nos pueblan de buenos deseos, de afirmación, de sincera amistad, de confianza en los demás.

Como sucede con la mayor parte de la poesía actual, en el aspecto métrico, estamos ante el empleo habitual del verso libre, aunque también hay aquí curiosos efectos de paronomasia o juegos de rima interna que al mismo tiempo acercan y separan sus líneas de la tradición métrica clásica.

Pero claro está, los libros de versos no sólo entran o se nos comunican por el oído, cuando se leen en voz alta, o por el alma o el sentimiento, si se pasa la vista por sus páginas, en una especie de alimentación espiritual deleitosa, que dirían los clásicos, sino que entran también por los ojos, y *Ellas y el paraíso* es un libro tipográficamente conseguido, agradable, sencillo, elegante, con un diseño cómodo y una letra legible, todo ello obra, a mi entender, de un buen tipógrafo, como en este caso es Manuel García Iturriaga. Vaya para él también nuestra felicitación por esta nueva muestra, impresa en Rute, puesto que así resplandece mejor, de manera más acorde con el contenido, la creatividad y el sentimiento del poeta Antonio Quintana.

Por otra parte, y con ello queremos finalizar, el volumen está coeditado por el Ayuntamiento de Iznájar. Una institución pública como nuestro ayuntamiento, que respalda la presente publicación, es digna de toda alabanza, de la misma manera que merecen justo reconocimiento sus actuales dirigentes y, si han tenido o tienen una actitud receptiva parecida, cualesquiera otros dirigentes municipales del pasado o del futuro. Porque la labor cultural que se realiza en un pueblo, en nuestro pueblo, en la presente ocasión, es algo que no sólo ofrece beneficios inmediatos para los lectores interesados, sino que acaba por influir en lo que constituye nuestra vida como ciudadanos, en el sentir profundo de las personas, en los artistas y creadores que ha ido cuidando, en cierta medida, o de los que ha fomentado su expresión. Pero, además, y nos parece que esto es lo verdaderamente importante, este ayuntamiento colabora o facilita la creatividad de los intelectuales, de los que trabajan sobre todo con la inteligencia, con el intelecto. Se crea así, casi sin buscarlo, una especie de valioso sedimento intangible, un sedimento productivo que, a la manera de una buena semilla, germina y fructifica a lo largo de muchos años y se convierte, con el paso de los años, en una especie de árbol frondoso, cuyas raíces vienen a ser las señas de identidad de nuestra gente.

Pensemos para ello en la numerosa serie de escritores iznajeños que nos han precedido, los cuales, como decía Borges, refiriéndose a las calles de Buenos Aires, “ya forman parte de nuestra alma”, a los que se añade desde hace muchos años, por sus propios valores artísticos, la obra literaria de Antonio Quintana, y constatemos también la influencia que los artistas, los creadores iznajeños, antiguos y modernos, han ido ejerciendo sobre nosotros, sobre nuestra manera de ser, sobre nuestro comportamiento. Iznájar no es sólo un lugar con casas, calles, edificios y personas; Iznájar es también un ente mental, es el resultado de lo que fueron, escribieron y crearon otros hombres y mujeres que lucharon y vivieron antes que nosotros y cuya huella aún perdura en los que vivimos ahora.

Antonio Cruz Casado

*Los reinos solares*¹, de Manuel Gahete

Estamos convencidos de que Manuel Gahete, a estas alturas del siglo XXI y desde hace bastantes años, figura a la cabeza de la poesía cordobesa actual, con proyección amplia y muy buena recepción en el resto de España y en muchos lugares del extranjero. Como buen ejemplo de “andaluz universal”, en la línea de Juan Ramón Jiménez, su obra ha sido traducida a idiomas tan diversos como el italiano, el inglés, el francés, el rumano o el árabe, como se indica en la página que le dedica Wikipedia, y su proyección se extiende a ambos lados del Atlántico, especialmente en los países de lengua española.

Su obra es amplia y consistente y se diversifica en libros de creación, sobre todo poesía y algunas obras de teatro, además de relatos, y libros de análisis o de investigación sobre autores que configuran su particular mundo literario. Ha sido objeto de números monográficos de revistas y su calidad poética ha sido refrendada por numerosos premios, de ámbito nacional e internacional.

Precisamente el libro que comentamos hoy, *Los reinos solares*, aparecido en Rincón de la Victoria (Málaga), en 2014, obtuvo el XXII premio de poesía de este pueblo del litoral mediterráneo, dedicado a la memoria del poeta malagueño Salvador Rueda².

Para el crítico, que con frecuencia busca relaciones y fuentes de las obras que analiza, *Los reinos solares* ofrece un singular atractivo en ese sentido, puesto que en sus páginas podemos encontrar diversas reminiscencias y concomitancias barrocas y parnasianas, tanto en los temas que subyacen en sus versos como en algunos aspectos formales de los mismos. Pero no se trata, obviamente, de un ejercicio meramente manierista o comparatista, en los aspectos creativo e interpretativo, sino de una coincidencia, buscada o no, de las características antes señaladas.

El tema básico de las civilizaciones antiguas, de las culturas perdidas, de las ruinas que quedan como testigos mudos de sucesos violentos del pasado, fueron también objetos de atención de muchos poetas del Barroco y del Parnasianismo francés, luego trasplantado este último a las bases del Modernismo hispánico.

Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora
campos de soledad mustio collado
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Cipión la vencedora
colonia fue [...]

¹ Manuel Gahete, *Los reinos solares*, Rincón de la Victoria, Ayuntamiento, 2014, XXII Premio de Poesía “In Memoriam” Salvador Rueda, 88 pág. Presentación en Lucena, el día 22 de abril de 2015, de cuyo acto proceden parte de las opiniones aquí expresadas.

² De cuya recopilación de *Poesías completas* (Barcelona Maucci, 1911) se celebraron los cien años no hace mucho tiempo

dicen los magníficos versos iniciales de Rodrigo Caro en su conocida “Canción a las ruinas de Itálica”, que luego se resuelve en una lamentación por el paso ineludible del tiempo.

Y Manuel Gahete, en la tercera sección parte de su poema “La torre de las vírgenes”, expone su sentimiento ante la desolación de la ciudad romana Ituci Virtus Iulia, que mencionara Plinio, actuales ruinas cercanas a Baena y a Castro del Río, ahora en proceso de investigación y excavación, con referencias a las santas medievales Alodia y Nunilo, sobre las que se ha encontrado alguna inscripción, probable restos de una antigua capilla; nuestro poeta dice así:

¿Quién puede devolver a la memoria
 los cuellos devastados de Nunilo y Alodia,
 las luces refulgentes en la noche callada,
 el vuelo de las aves
 rapaces amparando
 la sangre virginal? El tiempo absorto,
 las urnas cinerarias
 hipogeas, el rastro de la sangre, los sonidos
 de la vida, el dolor,
 el mar, la daga penetrando en la piel,
 en el sentido, en los ojos sin luz, piedras cariadas
 por los golpes bruñidos del acero (p. 18).

El sentimiento de las ruinas, tan fundamental en los movimientos indicados o en el primer Romanticismo, aflora en muchos lugares de esta composición, como comprobamos en la sección quinta del mismo poema, ahora con referencia a Ategua, que es el nombre romano de Castro del Río. He aquí sus versos:

A lo lejos, Ategua germina en mies de oro
 capiteles, volutas, espejos vegetales,
 carne desnuda, mármol, acéfalas mujeres,
 mártires de las siegas,
 vírgenes de las vides.
 Sobre el sillar calizo,
 el cáliz de las flores vierte su néctar rojo,
 los cúlmenes sagrados
 del templo donde gimen cariátides truncadas (p. 20).

Por lo que respecta al Parnasianismo francés, recordemos su exaltación de los imperios antiguos, de las civilizaciones desaparecidas, de sus personajes marmóreos, marcados por una belleza fría, cristalizada, de lo que dan fe, por ejemplo, los poemas de Leconte de Lisle, sobre todo en su libro *Poemas antiguos* (1852), tendencia que recordaría luego Rubén Darío (hay un poema en *Azul*, titulado “Leconte de Lisle”) y que el mismo nicaragüense aplicaría a temas de las civilizaciones precolombinas en conocidos poemas, como “Caupolicán”. Precisamente Manuel Gahete titula una de sus composiciones con ese mismo nombre y bajo la égida de Darío, presente con el famoso verso final de su soneto: “Irguiose la alta frente del gran Caupolicán”.

Y escribe nuestro poeta, con versos conseguidísimos, que recuerdan la musicalidad de los maestros de la cordobesa *Cántico*, en la parte inicial de la composición:

El ángel de los cedros tañía de los aduare
 un aura mortecina de saudade y cansancio.
 En el culmen del aire nuestro beso se aveza
 como un cóndor de nieve a acérrimas celadas,
 persigue levemente acervadas palomas
 con su vuelo de espuma (p. 73).

Esa armonía, ese ritmo cadencioso y ondulante, sólo lo encontramos conseguido en otros maestros de la tendencia, como el Duque de Amalfi, Antonio de Zayas y Beaumont, igualmente atraído por el parnasianismo, en libros como *Retratos antiguos* (1902), *Joyeles bizantinos* (1902) o en su traducción de *Les trophées* (1893), de José María de Heredia.

Y no pensemos que estas concomitancias, que se podrían ampliar considerablemente, si se quisiera, pertenecen sólo a la erudición literaria o es un rasgo intrascendente y ocasional. Gahete es catedrático de Lengua y Literatura Española y su sabiduría, su conocimiento sobre estas corrientes estéticas es muy amplia. Por otra parte, creemos que nada hay en su poesía que sea producto de la simple intuición, de una ocurrencia no intencionada, del simple encuentro fortuito; al contrario, su poesía es plenamente sabia, elaborada en todos sus aspectos, conscientemente creativa, y nos parece que las conexiones apuntadas le sirven de enriquecimiento y contextualización (también desde el punto de vista de la crítica). Como poeta está inmerso en una tradición que conoce, emplea y domeña con su acusada personalidad lírica.

De esta forma, *Los reinos solares* se nos convierte en una obra originalísima, muy distinta, en nuestra opinión, a todo lo que se escribe y se publica en estos años. Hay reciedumbre y pasión en sus versos, en las palabras que trascienden a conocimientos adquiridos, a exotismos y a nostalgias de otros mundos, de otros reinos, aunque todo ello marcado por el rechazo de la violencia que llevaba implícita la destrucción de tantas maravillas. Así lo expresa en la dedicatoria del libro: “Dedicado –escribe– a quienes sufren cualquier forma de violencia”.

La colección aparece estructura en tres partes, tituladas respectivamente “El mármol y la sangre”, “La nieve y el fuego” y “El acero y el oro”, que se corresponden, de forma aproximada, desde el punto de vista temático, con hechos relacionados en torno a la civilización romana (y aquí hay poemas como “La torre de las vírgenes”, sobre la ya citada ciudad romana de Ituci, al que siguen “Legado de Sagunto”, “Numancia en luz” y “Farsalia”, acerca de los sucesos, asedios y batallas referidos en los títulos correspondientes); en segundo lugar, otras civilizaciones con preferencia mediterráneas, asimismo antiguas, y algunos personajes de las mismas (con textos como “Cartago”, y recordemos que la mejor novela arqueológica sobre la cuestión es la fastuosa *Salambó*, de Gustave Flaubert, ambientada también en Cartago, “El cáliz de los muertos”, el poema más breve, que se centra en las luchas tribales de los tutsi y los hutus, “Sinagoga”, de título muy lucentino, pero que se ocupa en parte de la destrucción de la antigua Jerusalén, y “Azarías”, un nombre muy frecuente en la Biblia pero que aquí apunta hacia el arcángel San Rafael, tan vinculado a la ciudad de Córdoba y tan venerado en la misma, precioso poema evocativo, asimismo ligado a la figura del joven

Tobías, al que acompaña en su larga peregrinación, y, finalmente, los poemas dedicados a las civilizaciones precolombinas y a sus divinidades, desaparecidas con la llegada de los conquistadores españoles, parte que es, en conjunto, más extensa que las dos anteriores y forma casi la mitad del libro (aquí los títulos son “Tezcatlipoca”, sobre el señor del cielo y de la tierra de la cultura mexica, “Huitzilopochtli”, otra deidad básica de la misma cultura, al que suele definirse como el señor de la guerra, “Tecun-uman”, que es el nombre del último guerrero guatemalteco, en la civilización maya; “Quetzalcoatl”, otro poema breve, con un final conseguidísimo, centrado en la figura de la serpiente emplumada, “Caupolicán”, que tiene como referente a uno de los caudillos de la cultura del valle de Arauco, en Chile, cuyas hazañas fueron eficazmente narradas por Alonso de Ercilla en brillantes octavas reales que componen su renombrado poema épico *La Araucana*, obra parcialmente coetánea de *Las lágrimas de Angélica*, de nuestro Barahona de Soto, y, en último lugar “Cauhtémoc”, que es el nombre del último emperador mexica, al que Rubén Darío recuerda en su “Oda a Roosevelt” y al que se atribuye la conocida y trágica frase: “Yo no estoy en un lecho de rosas”, inserta en el poema rubeniano citado. Creemos que, para degustar con toda profundidad la expresión y los contenidos de estos versos, es conveniente cierta información histórica y mitológica previas.

Se aprecia en casi todos estos poemas de la tercera sección lo que suele llamarse la “visión de los vencidos”, una reivindicación histórica frente al terrible invasor hispano, corriente historicista que cuenta con muchos adeptos.

Como vemos, estamos ante un libro perfectamente estructurado, fulgurante en su conjunto, que no deja nada al azar y que manifiesta una valiosa calidad estética, con ecos lejanos y asumidos del ya lejano culturalismo poético de un Luis Antonio de Villena o de un Luis Alberto de Cuenca, así como un manejo del ritmo que ronda con frecuencia el virtuosismo.

Tampoco en esta faceta se aleja el poeta, en nuestra opinión, de los cánones prosódicos marcados por los movimientos finiseculares franceses, en este caso, de manera especial, por el simbolismo. Recordemos al respecto, los famosos versos de Paul Verlaine, “De la musique avant toute chose”, y toda la corriente que surge del poema en cuestión. Pensemos, además, que aún parece seguir vigente la idea, pese a la corriente del prosaísmo poético, de que la calidad de un texto lírico viene marcada, en parte, por su aproximación a los recursos repetitivos de carácter fónico, las similitudines, las aliteraciones, que lo acercan al fenómeno musical.

Este rasgo domina en casi todos los versos y en las amplias secuencias musicales en que se encuadran, cuestión que a veces, adquiere curiosos detalles tipográficos, como en la sección V del poema “Caupolicán”, con dos versos largos, situados al comienzo y otros dos similares al final, que parecen abrazar a cuatro versos interiores, más cortos, y que dicen así:

Habrá que lamentarse de auroras ya perdidas,
infancias horadadas de sol con alas núbiles,
de saber que no basta,
de que no hemos vivido.

No basta donde el cielo
es copher del amado,
un verde fulgurante de arcángeles desnudos,
un susurro en las hojas feralmente sesgadas (p. 77).

Para concluir esta somera aproximación, queremos también poner de manifiesto el valor estético y el interés tipográfico del cuidado volumen. La portada nos ofrece una sugerente ilustración de M^a Jesús Campos García y la edición ha estado al cuidado de Manuel Salinas. Una letra legible y clara, con mezclas de rojo y de negro, dan un interés adicional a los versos de la colección.

Estamos, pues, ante un nuevo libro de Manuel Gahete (sabemos que ha habido muchos y que vendrán otros muchos, porque este poeta, como Lope de Vega, está dotado con el don de la fertilidad, don conseguido con esfuerzo y constancia, claro); es un libro nuevo en muchos sentidos, por reciente, por novedoso, por original, pero nos parece que *Los reinos solares* es una de sus aportaciones más conseguidas, no sólo en lo que respecta a su propia trayectoria creativa sino en cuanto se refiere al actual panorama poético español. Conocemos pocos libros de ahora tan elaborados, tan coherentes, tan llenos de gozosas sorpresas.

Antonio Cruz Casado